

Capítulo 3

El mundo familiar en el tiempo distópico de la pandemia

*María Cristina Palacio Valencia
Universidad de Caldas
Germán Darío Herrera Saray
Universidad de Caldas*

<https://doi.org/10.61728/AE20257545>



Resumen

Este escrito es una reflexión analítica sobre la experiencia de la vida familiar en los tiempos de la pandemia generada por el covid-19. Un acontecimiento que marca nuevas coordenadas en las relaciones y vínculos que se construyen entre los diferentes integrantes de la familia en una cotidianidad distópica con resonancias en la dimensión espacio-temporal de las interacciones humanas. La metodología, se fundamenta en el empalabramiento de la vida cotidiana familiar como un camino a transitar para darle sentido al tiempo cronológico, psicológico, emocional y social del confinamiento. La tesis argumentativa propone que a partir del crecimiento exponencial de los contagios y de las medidas sanitarias para su contención por parte de los gobiernos, la palabra familia y el mundo familiar viven un proceso de complejización en su dinámica interna y la relación con el ámbito público. Como consideración final se enuncia que el aislamiento doméstico hizo visible las tendencias sobre el vaciamiento de la familiaridad, los giros en la contracción de los hogares unipersonales y la instalación de una cotidianidad distópica entre los próximos más extraños.

Introducción

Detrás de los acontecimientos que nos comunican sospechamos otros hechos que no nos comunican. Son los verdaderos acontecimientos. Sólo si los supiéramos, comprenderíamos (Piñeiro, 2020, pág. 175).

El umbral cronológico del año 2020 quedó instalado de manera significativa en la memoria contemporánea de la humanidad. La pandemia por el covid-19, se constituye en un acontecimiento (Zizek, 2018), que impuso globalmente una realidad cotidiana distópica, con profundas

resonancias (Rosa, 2019) en la vida social, produciendo en su doble dimensión espacio-temporal, un movimiento inesperado para las lógicas, dinámicas y movilidad de la interacción humana.

La razón de acoger la denominación de acontecimiento, se encuentra en la configuración de “algo traumático, perturbador, que parece suceder de repente y que interrumpe el curso normal de las cosas, algo que surge aparentemente de la nada, sin causas discernibles, una apariencia que no tiene como base nada sólido” (Zizek, 2018, pág. 17). Esta realidad nos puso ante otra manera de habitabilidad humana y de concepción del mundo. Bajo la prevalencia de la protección a la salud pública e individual, explotaron efectos directos y colaterales de carácter económico, social, cultural, político y emocional los cuales se continúan viviendo en el 2022.

Respecto a la habitabilidad de las personas, se reconfiguró el sentido y significado de la circulación cotidiana entre lo público y lo privado a través del confinamiento territorial doméstico. La contracción de la vida social a un aislamiento de los cuerpos produjo una reducción de la experiencia de la corporalidad y la corporeidad, el límite en la interacción con los próximos co-residentes (parientes o no), la distancia física de dos metros en el encuentro con la otredad y la mediación de la virtualidad para la vida laboral, escolar y social.

Ante el confinamiento, los rituales y las rutinas cotidianas enfrentaron cierto declive de lo público y, en muchos hogares, se hicieron visibles tensiones derivadas de la pausa obligada e impuesta por las decisiones políticas de los Estados, con el fin de mitigar y contener la expansión de la pandemia, sus diversas y rápidas variantes, las resonancias en los sistemas de salud, la morbilidad y la mortalidad. Estas tensiones indicaron un cambio drástico en los ritmos entre los tiempos cronológico de un presente encerrado, el psicológico volátil, desordenado y arbitrario y el social ausente de la presencia de la otredad. Una realidad que Piedad Bonnet, la enuncia en la entrevista realizada por Giuseppe Caputo en el periódico *el Tiempo* (Colombia) del 17 de enero del 2022 a partir de su última novela “Que hacer con estos pedazos” (2021), donde expresa “el prójimo es nuestro límite. Mientras más cerca está el otro más riesgo hay que nos constriña. Mientras más libre es el vínculo menos nos afecta”.

En este sentido, los límites a la movilidad pública detonaron tres

trayectorias anudadas a los equipajes culturales y emocionales de las personas, a la disponibilidad y acceso de recursos y a las alternativas para la sobrevivencia: para algunas vació la sorpresa y la oxigenación que contiene el encuentro que requiere la sociabilidad, el peso de la privacidad e intimidad agudizó tiranías emocionales, domesticó dinámicas violentas ante el despojo de opciones de denuncia o acceso a recursos institucionales, e instaló una paradoja emocional del tiempo presente entre el agotamiento de la carga de la familiaridad, las obligaciones de crianza y cuidado doméstico y el agobio de la incertidumbre ante un futuro confuso (Sennett, 2011; Illouz, 2021; Palacio, 2022).

No obstante, para otras, la demarcación de la casa/hogar como espacio y escenario cotidiano indicó el reconocimiento de otras maneras de habitabilidad en torno a una experiencia vital de refugio, retraimiento al escrutinio público, validación de la interactividad en torno al consumo básico de las conversaciones y la virtualidad como alternativa de cotidianidad. Además, provocó una oportunidad para negociar y redefinir acuerdos de co-residencia y con-vivencia, acompañar y tramitar movimientos emocionales, conocer los diversos tiempos personales de cada uno de los integrantes de la organización familiar y dinamizar la red parental de soporte.

Metodología

Acogemos la denominación de metodología, como el camino transitado para empalabrar el sentido de la vida cotidiana familiar en el tiempo cronológico, psicológico, emocional y social del confinamiento por la pandemia del covid-19. Esta denominación de Luis Duch y Joan Carles Mèlich (2009), nos orientó en la reflexión sobre la experiencia cotidiana del confinamiento y sus resonancias para la vida familiar y social. Construimos un argumento en torno a las semánticas de esta cotidianidad y la pregunta por la humanización de esta. Por lo tanto, nuestro interés lo pusimos en la configuración de una expresividad sobre un tiempo, un espacio y una experiencia que se observa, se vive y se piensa, porque en términos de Mèlich “los procesos de empalabramiento del mundo no pueden ser definitivos; en otras palabras, nunca se puede exorcizar la

amenaza del caos, de lo inhumano, de la contingencia” (2011:13).

La relevancia de la provisionalidad de este acontecimiento nos orientó a reflexionar y materializar en estas palabras una especie de praxis de dominio sobre la contingencia de la pandemia y descifrar la manera como la estamos habitando. Y en esta lógica metodológica seleccionada, la comprensión e interpretación de esta forma impuesta de habitabilidad cotidiana, nos puso ante la observación y la conversación en torno a los símbolos, los relatos simbólicos (mitos) y las acciones simbólicas (los ritos) del mundo familiar, como lo plantea el autor antes citado.

Esta construcción simbólica, contiene el sentido de esta cotidianidad familiar. Una contingencia que envuelve la experiencia del confinamiento doméstico; que debe ser pensada y reflexionada, para seguir viviendo en este tiempo de incertidumbre, de la mano de una ética que no debe confundirse con la moral, al ser una respuesta responsable del cuidado humano que requerimos. Al congelarse el espíritu de la movilidad pública con la reducción de la circulación cotidiana al espacio de la vivienda y lo privado, el sujeto individual y social enfrentó un desacomodo de su normalidad, como también una resignificación de la vida cotidiana; al imponer de manera abrupta, una prohibición, acompañada de una obediencia ante un mandato ajeno a su voluntad personal.

Una grieta que interrumpe e irrumpió en la secuencia diaria del tiempo y el espacio, dando lugar a la aparición, en términos de Kosik (1976) de una preocupación sobre el diario vivir, traducéndose en dos líneas de sobrevivencia: por una parte “cierta rebeldía” al mandato del confinamiento, porque “Prefiero morir de covid que de hambre” y, por otra, “aceptar el mandato del confinamiento, como estrategia de protección y seguridad”.

La llegada de este acontecimiento de la pandemia por el covid-19 enfrentó la conciencia práctica del sujeto individual en su día a día, “hoy no... ¿qué voy a hacer?”. con la incertidumbre del futuro “¿mañana tal vez? o ¿hasta cuándo?”. Este juego confuso de preocupaciones presentes y futuras impulsó una sensación y percepción social de anomia colectiva porque “Vivir en el futuro y anticiparse es, en cierto sentido, la negación de la vida: el individuo como preocupación no vive el presente, sino el futuro, y desde el momento en que niega lo que existe y anticipa lo que

no existe, su vida se reduce a cero, es decir a la inautenticidad” (Kosik, 1976, pág. 91).

Lo anterior, permitió traducir varias expresiones: desde cierta indiferencia o desconexión, al traducirse en la incredulidad frente a esta realidad, el peso de la normalidad del día y la distancia territorial: “China está muy lejos...aquí no va a pasar nada...es una gripa más.” Hacia una paranoia orientada por posiciones alarmistas de tragedia apocalíptica, que comenzó cuando la pandemia llegó a Europa, Estados Unidos y los primeros registros de contagio en América Latina; las imágenes de Guayaquil en Ecuador con cadáveres en las calles y el represamiento de los mismos en los centros funerarios. Además, la circulación de posturas conspiracionistas¹ y negacionistas² quizás como estrategia existencial ante el trastocamiento de su cotidianidad y la centralidad de la libertad y autonomía individual. Para incluir, finalmente, la significación de una conciencia responsable del cuidado personal y social, anudado a las condiciones institucionales de los sistemas de salud y a la credibilidad de los discursos oficiales.

Posturas que no obstante su diversidad, descifran la resonancia de la relación y los vínculos que se tejen entre el sujeto con la realidad de la pandemia³, pero que coinciden en marcar desde estos diferentes lentes, una especie de tiranía de un poder impersonal y anónimo que vacía la normalidad cotidiana (Kosik, 1976). En otros términos, esta preocupación del sujeto por el desacomodo de su normalidad cotidiana, oriento su manera de actuar pública y privada bajo la asimilación de la información, la generación de una reflexión o la toma de conciencia frente a una realidad, que tradujo el sentido y el significado de las interacciones con la otredad próxima o distante, bajo la presión del cuidado para sí y hacia los demás.

Con relación a la manera de concebir el mundo, la individualización reflexiva de la modernidad tardía (Bauman, 2008; Giddens, 1995) tomó

1 Se señaló a China de la producción del virus como un dispositivo del enfrentamiento político y económico con los EEUU y el mundo occidental por el control del mundo.

2 Aparece la teoría sobre el covid-19 y la pandemia como ficción instalada por poderes ocultos.

3 Ver Harmunt Rosa (2019) y su consideración en torno a que la resonancia no es efecto o consecuencia, indica un movimiento en la dinámica interaccional.

el matiz de la protección y defensa de la sobrevivencia ante la amenaza de contagio y el riesgo para la enfermedad y la muerte. Los otros cuerpos hospedan y transmiten el virus, la cercanía física requiere contención y demanda la distancia, produciéndose un quiebre de la confianza sentida no solo frente al anonimato sino también a la proximidad, instalando el referente del enemigo en la otredad.

Este cambio de contexto erosionó la porosa confianza social, ocupó y cooptó la fragilidad y la finitud de la vida, en las conversaciones cotidianas. El guion de los noticieros, la información de las redes, el voz a voz personal hizo visible la circulación y apropiación cotidiana de códigos de enunciación en torno a la salud, la enfermedad y la muerte: la pandemia, los contagios, la saturación respiratoria, la pérdida de olfato y gusto, la hospitalización, la Unidad de Cuidados Intensivo -UCI-, la posición prono, las medidas de bioseguridad, el cuidado, los fallecimientos, la recuperación y las secuelas.

Todo un panorama que indicaba la ruptura abrupta y rápida del curso “natural” de la vida cotidiana y sobre todo, un cambio imperativo respecto a la otredad del sujeto. Se le puso otro sentido a la vida social, anudándose a una diversidad de expresiones sobre la lejanía, la incredulidad, la indiferencia, la trasgresión, la paranoia, la alarma, el miedo y la responsabilidad. Fue la apertura a un complejo calidoscopio de ambigüedades emocionales entre la proximidad y la distancia, la cercanía y la ausencia, el conocido y el extraño, la necesidad de compañía y la confrontación de la soledad. En esta “nueva dinámica social” se produjo movimientos interaccionales que giraron entre el confinamiento y encerramiento territorial, el encapsulamiento relacional de y entre las redes familiares, sociales, vecinales e institucionales, la narrativa social de la protección de la vida ante el contagio y la muerte y su alimento en el miedo y el pánico colectivo.

En otros términos,

“La interrupción de la “normalidad cotidiana”, atravesada por el confinamiento, la distancia física, la amenaza del contagio y la cercanía de la muerte problematizó la diversidad de relaciones, vínculos y situaciones. Sumado a ello, la agudización de las desigualdades históricas estructurales y múltiples, y la expansión

del precariado⁴. Lo incierto, entrelazado con el pánico, se instaló como lógica de la vida, y detonó un desgaste emocional ante la proyección del tiempo: el quiebre de la confianza básica frente a una otredad amenazante y la expansión de discursos sobre el cuidado personal, familiar y social como estrategias de sobrevivencia” (Palacio, 2022, pp. 124).

En síntesis, el confinamiento que produjo la pandemia por el covid-19, permitió articular la reflexión entre la interacción del sujeto con el mundo y el sentido de la realidad misma. Un acontecimiento que fracturó la planeación de los estados y las sociedades, congeló la metafísica de la normalidad, sometió a una incertidumbre temporal cualquier diseño y proyección de procesos e hizo visible otras grietas de la desigualdad social y económica.

Una situación que no solo marco fronteras en la movilidad con el cierre de fronteras, el vaciamiento de los espacios públicos, el encerramiento del mundo laboral, educativo y social en el ámbito doméstico, la descorporización de las interacciones sociales a través de la virtualidad, la instalación de la distancia física como dispositivo de protección, sino que reconfiguró desde la lógica del capitalismo emocional (Illouz, 2009) y la psicología positiva (Illouz & Cabanas, 2019) en el lugar de lo privado, la intimidad y la vida familiar como esfera del significado vital.

Un dispositivo estratégico político y económico que intento configurar un orden ficcional en la cotidianidad distópica de la pandemia, ante la fragilidad del Estado y la baja densidad institucional de la sociedad; pero que no pudo contener la visibilidad de contradicciones, paradojas y dilemas que estructuraron en este tiempo distinto, la realidad del mundo y la vida familiar.

4 El precariado anuncia la configuración de una categoría social que va más allá de las convencionales interpretaciones sobre la pobreza histórica, las desigualdades socioeconómicas y la jerarquización de las clases sociales. Indica la fragilidad de las condiciones y calidad de vida, que atraviesa todos los sectores sociales, derivadas de las resonancias políticas, sociales y económicas de la pandemia. Una realidad que se amplía aceleradamente para nombrar la crisis social, económica y emocional que trae esta pandemia.

La covid-19 en la familia colombiana a través de sus cifras

La pandemia en nuestro país llegó oficialmente el 2 de marzo de 2020 cuando se reportó el primer caso en Bogotá D.C. Desde esta fecha a hoy, el número de contagios ha tenido unas variaciones, ya que como resultado del relajamiento de las medidas de confinamiento y celebraciones especiales en el país (vacaciones de mitad de año y navidad), se dispararon los números de infectados, dando como resultado dos picos de la enfermedad donde hubo un mayor número de muertos en agosto y diciembre de 2020; en este último mes del año se tuvo 1,9 millones de casos y 49 mil fallecidos en el territorio nacional.

En Colombia, el confinamiento fue denominado por el Gobierno Nacional “aislamiento preventivo obligatorio”, iniciando el 25 de marzo y culminando el 31 de agosto de 2020. Esta medida trajo unos efectos impositivos en la economía nacional en cuanto hubo una caída en la producción nacional, implicando ello una pérdida en el número de empleos formales y afectando las economías familiares quienes vieron disminuidos el consumo de bienes y servicios ofertados por el mercado para su subsistencia. Esto trajo consigo dos consecuencias: la primera está relacionada con el mayor número de mujeres desempleadas a noviembre de 2020 en un 8,9% por encima de los hombres (PNUD, 2021); la segunda, fue el mayor de número de hombres y mujeres en la informalidad, estrategia de sobrevivencia de los grupos familiares para dar respuesta las demandas económicas para su subsistencia como grupo.

La caída en el empleo femenino conllevó a visibilizar dos hechos que vulneraron a las mujeres como fue el aumento de la violencia de género a causa de los confinamientos y el número de horas dedicadas al trabajo doméstico y de cuidado en sus hogares entre marzo y agosto, meses en los cuales las instituciones educativas, el comercio y las empresas cerraron sus puertas, generando ello una pérdida de empleos cuyas consecuencias recayeron en las mujeres como se mostrará a continuación.

Entre marzo y junio del 2020, meses donde se pusieron en marcha las medidas más restrictivas a causa del distanciamiento social, generó 3,4 millones de población inactiva, donde el 57% fueron mujeres (1,462.000),

reduciendo el número de mujeres ocupadas en 27,2% con respecto al 18% de los hombres, es decir que la tasa de desocupación de mujeres a 2020 creció 24,9%, 12.6 puntos porcentuales por encima de 2019 para este mismo periodo. Ello tuvo un mayor impacto en las jefes de hogar pobres o en pobreza extrema, puesto que ven reducidas sus actividades económicas y por ende su capacidad adquisitiva se ve directamente afectada, afectando a ella y al grupo de personas que dependen de estos ingresos (DANE, 2020). Como lo señala ONU - Mujeres durante la crisis del Covid-19: 3 de cada 10 mujeres no tenían ingresos propios, 53% realizaban actividades de baja productividad, empleo temporal, tiempo parcial, informalidad y autoempleo, lo cual generó que por cada 100 hombres pobres hay 118 mujeres, de acuerdo con el índice de feminidad de la pobreza.

Para quienes no perdieron su trabajo y tuvieron la opción de hacerlo de manera remota, ello llevó a que la dedicación al trabajo remunerado y el trabajo no remunerado se entrecruzara y generara un mayor desgaste físico y emocional en las mujeres quienes dedicaban 50,6 horas semanales en promedio a estas actividades en comparación a los hombres quienes invertían 23,9 horas semanales en promedio (ONU – Mujeres, 2020). Aquí es importante señalar que en este tiempo las mujeres desarrollaron actividades no remuneradas de acompañamiento en el proceso de enseñanza – aprendizaje de los hijos/as a causa de los cierres de las escuelas, la atención y cuidado de enfermos, personas mayores y en situación de dependencia. Con un agravante y es la imposibilidad de acceder a las redes de apoyo para el cuidado de los hijos/as, en especial de los abuelos/as, personas mayores, quienes, por ser una población de mayor riesgo de contagio, el gobierno fue más restrictivo, lo que conllevó a no contar con este apoyo.

Estos cambios en la dinámica interna de las familias van a tener unos efectos en los procesos interaccionales que afectan la vida familiar, en especial las discusiones y conflictos que van a generar situaciones de violencia basada en género (VBG). De acuerdo con la encuesta RE-COVR⁵, las principales razones de discusión familiar son: problemas

5 Encuesta creada por Innovations for Poverty Action -IPA-, la cual permite comparar e identificar tendencias para quienes desarrolla políticas públicas y tomadores

económicos (44%), problemas de comunicación (24%), problemas de convivencia (16%) y desacuerdos en las decisiones del hogar (12%) (García-Hernández, López, Cabra, Otalora y Arias, 2020).

Estas situaciones que se ubican en el mundo privado, se hacen visibles a través de las denuncias, cuyas cifras prendieron las alarmas en cuanto al crecimiento de las denuncias entre marzo y abril de 2020, pero luego cayeron a cifras similares a 2019, lo cual se puede explicar a que cada vez las mujeres tenían menos oportunidades de denunciar a sus agresores, ya que convivían con ellos permanentemente o quienes las agredían tomaron medidas más violentas para controlar la denuncia; un dato que apoya esta afirmación es el reportado por medicina legal, entre enero y agosto de 2019 se contaron 8139 VBG y para este mismo periodo en 2020 un total de 3798, teniendo una caída de denuncias en un 114% (Martínez, Tafur y Cortés, 2020).

Todo lo contrario, sucede con las llamadas que se hicieron a la línea telefónica 155 y 123, dispuesta por el gobierno nacional para que las mujeres denuncien situaciones de violencia; entre marzo y agosto de 2020 en la línea 155, se recibieron al día 85 llamadas, relacionadas con violencia intrafamiliar lo cual muestra un crecimiento de 123 puntos porcentuales en su uso durante estos meses. Con respecto a la otra línea telefónica, se reportaron 30,014 casos de violencia intrafamiliar, 632 de violencia contra las mujeres y 1,448 de violencia de pareja (Profamilia, 2020).

Para cerrar, es importante señalar que los hechos de violencia basada en género reportados durante este periodo no recogen los feminicidios ocurridos. De acuerdo con Profamilia (2020) en Colombia entre marzo y junio de 2020, cada 25 horas ocurría un feminicidio, para un total de 229, 47 casos más a lo sucedido en 2019 en estos meses.

Paradojas y dilemas del y en el mundo familiar durante el tiempo de la pandemia

de decisiones sobre los costos económicos generados por Covid-19 a las poblaciones más afectadas.

Es importante señalar que no es una muestra representativa ya que se aplicó a 720 hogares.

Si se quiere señalar una experiencia de vida compleja y porosa en la sociedad y para los sujetos sociales en el tiempo cotidiano distópico de la pandemia, la mirada debe dirigirse al mundo familiar, porque:

“La enunciación de la palabra “familia” contiene una paradoja, producto de la compleja interacción y entrelazamiento entre la experiencia subjetiva de vivirla o no, el contexto estructural o sistémico que la regula, legaliza y legitima un marco sobre ella, la dimensión simbólica que le otorga su representación e imaginario social. Aspectos que ponen en consideración los límites entre su referencia normal y trasgresora y su utilidad para identificar las diversas visiones sobre ella y el lugar que tiene en la sociedad” (Palacio, 2020, pág. 31).

Esta invitación se orienta en doble vía: por una parte, en el lugar que ocupa la familia en la vida cotidiana de las personas y por otra, como orden discursivo en la dinámica de la sociedad. Dos caminos que no son ni separados ni independientes, al entrelazarse en los contenidos sensibles y porosos de las vivencias y experiencias personales y subjetivas y los argumentos que circulan en la agenda social, pública y política.

Una argumentación para este planteamiento, se encuentra en la transversalización y configuración del mundo familiar en torno a cinco dimensiones significativas para la vida individual y social: la sexualidad, la procreación, la sobrevivencia, la convivencia y la coresidencia; las cuales se traducen en dinámicas interaccionales y vinculantes respecto a la conyugalidad, la filiación, la maternidad, la paternidad, el parentesco, la crianza, el cuidado, las emociones, el afecto, los derechos y las responsabilidades (Palacio, 2020). En otros términos, son aristas sobre los cuales se estructura y mueve la vida cotidiana.

Un calidoscopio de experiencias humanas que le imprimen un sentido y significado a las relaciones e interacciones más personales, tienen una carga y un contenido emocional y afectivo como ninguna otra, configuran la espacialidad de la vida familiar en torno a los escenarios íntimos, privados y domésticos de la vida cotidiana, disponen de una presencia esencial en el tiempo biográfico y marcan un umbral simbólico, legal y social en la relación con lo público y se llena de contenido político.

Esta enunciación y demarcación entre lo público y lo privado, hunde sus raíces en la construcción histórica y cultural del dualismo en el mundo social (Molina, 1994), y de esta manera es útil para argumentar las disimetrías, las jerarquías y desigualdades entre los seres humanos en su identidad de género, generación y circulación espacial.

Una génesis que se observa en la diferencia jerárquica y ejercicio de poder entre el oikos y la polis griega (Arendt, 2005) y el domus y la res pública en el mundo romano. Lo que implica considerar que el lugar y la relación entre lo público y lo privado, transita en un devenir histórico al permitir identificar no solo su trayectoria, sino también sus giros y transiciones.

Desde esta línea de reflexión, situar el dualismo público y privado en la sociedad contemporánea requiere considerar el techo de la individualización, la intimidad y la privacidad desde la primera modernidad (Bejar, 1988) o modernidad sólida (Bauman, 2005) para llegar en la denominada segunda modernidad (Giddens, 1995, 2000) o modernidad líquida (Bauman, 2005) o tardo modernidad (Dubet, 2019) a un individualismo reflexivo, el desenclave institucional, la liquidez de los vínculos, la incertidumbre de la institucionalización y el discurso de los derechos.

Este trayecto de la historia social indica una compleja reconfiguración de la relación público/privado, desde cierto declive del hombre público y la focalización de lo privado (Sennett, 2011) hasta la pérdida de la privacidad e intimidad (Foessel, 2010). Sin embargo, la fuerza expansiva de la individualización reflexiva y el sentido de la relación público/privado en la privacidad como un derecho individual y la capacidad de elección y voluntad personal, enfrentó unos giros significativos con el acontecimiento de la pandemia.

Por lo tanto, bajo el lente del confinamiento territorial doméstico, la restricción a la movilidad pública, los límites al encuentro con una otredad distinta a los integrantes del mundo familiar cotidiano, incluso la interacción física con los parientes cercanos afectivamente y la fusión de la diversidad de los tiempos individuales (laborales, escolares y sociales) de cada integrante de la organización familiar en el espacio privado compartido o no, se produjo la eclosión de la certeza en la normalidad cotidiana personal y familiar en el tiempo social y cronológico

del Covid-19.

Un acontecimiento, como se indicó anteriormente que derivó en otros para la historia familiar: algunos con tintes de paradojas y dilemas que se movieron entre un agotamiento y un agobio emocional. Movimiento que puso un remezón de los vínculos afectivos familiares, traducidos por una parte en la agudización o visibilización de tensiones, conflictos y violencias que detonaron desprendimientos y vaciamientos familiares. Y por otra, a descubrir y formar capacidades de concertación, negociación y acuerdos para la convivencia y coresidencia.

La redefinición de lo público y lo privado que impuso el confinamiento, reconfiguró el escenario político de la vida cotidiana. El giro de la corporalidad y corporeidad física y directa a la mediación de la virtualidad se acompañó de un cansancio por la proximidad física de los cuerpos. Sin opciones de oxigenación, en la vivencia de los tiempos individuales se impuso en la cotidianidad familiar, otra realidad, al comenzar a vivir “algo huidizo e infrecuente que viene a visitarnos, que desciende y transforma el mundo alrededor sin nuestra intervención: una suerte de regalo inesperado” (Rosa. 2020, pág. 9).

La rutina personal, doméstica y familiar se encapsula en un confinamiento impuesto y el individualismo reflexivo de la modernidad líquida cimentado en la libertad, la autonomía y la voluntad, asiste a una reconfiguración del escenario político de la vida cotidiana. La resonancia del desplazamiento de la interacción social, el peso de los sentidos y significados sociales de la individualización y su correlato de la libertad enfrentaron la imposición de cierta versión de un panóptico familiar.

De puertas hacia dentro, se instaló cierta versión de un panóptico familiar, al someter la privacidad e intimidad de los integrantes de la organización familiar a la proximidad temporal y espacial de 24/7 restringiendo las opciones de vivir una sociabilidad amplia y diversa, más allá de las fronteras domésticas.

Este giro impuesto por el confinamiento también incluye una dinámica política, una paradoja entre lo imprescindible (la parentalidad por filiación) y lo prescindible (la parentalidad por alianza). La proximidad con la pareja, en este confinamiento produjo en algunas de ellas y parafraseando a Eva Illouz (2021) un vaciamiento de la intimidad; y entre parientes

cercanos como los progenitores, prole, hermanos/as, un agotamiento y un cansancio de una familiaridad impuesta ficcionalmente.

En síntesis, la producción de esta pausa obligada por el confinamiento de la pandemia, al fusionar los ritmos temporales cronológicos, psicológicos, emocionales y sociales, detonó en muchos grupos familiares falencias y vacíos en las relaciones y vínculos familiares. Una cotidianidad distópica que confrontó esta realidad con la estrategia política del capitalismo emocional en torno al peso simbólico de la unidad y la unión familiar; girando entre la expresión de la protección y el cuidado, el ejercicio del control y la autoridad y la materialización del abuso del poder.

Algunas consideraciones finales

La Covid-19 ha traído una carga de dolor para muchas familias que han perdido a sus seres queridos, lo cual ha modificado la cotidianidad familiar en cuanto a los procesos interactivos y relacionales, puesto que la muerte de uno o varios de los integrantes, lleva a modificaciones en la estructura, dinámica y organización interna como se ha mostrado a lo largo de este escrito, una reflexión que se aproxima a familia como categoría analítica de orden teórica y conceptual, la cual es el centro y no el pretexto o contexto para entender los efectos de la pandemia.

Es por ello necesario, reconocer los giros que ha tenido el análisis y la comprensión del virus desde la salud, lo social, lo familiar y lo individual donde se ha avanzado de lecturas disciplinares a inter y multidisciplinarias reconociendo que este es un fenómeno multidimensional y cuyas consecuencias a medida que avanzaba la pandemia se describían, analizaban y comprendían, ya que la última vivida fue hace un siglo donde las condiciones del mundo eran distintas a hoy.

“Coyuntura”, “acontecimiento”, “umbral”, “punto de giro”: diversas denominaciones para nombrar un tiempo que nos envuelve y encapsula hace casi dos años, paseándonos por denominaciones numéricas o códigos como delta y recientemente ómicron, pero que no es otra cuestión sino la evidencia de la fragilidad, la vulnerabilidad, la complejidad humana y la capacidad de sobrevivir.

Referencias

- Arendt, Hannah. (2005). *La condición humana*. Barcelona, España: Editorial Paidós.
- Bauman, Zygmunt. (2008). *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*. España: Editorial Arcadia.
- Bauman, Zygmunt. (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Béjar, Helena. (1988). *El ámbito íntimo, privacidad, individualismo y modernidad*. Madrid, España: Editorial Alianza.
- Caputo, Giuseppe. (2022). *Piedad Bennett y una casa a punto de caer*. Periódico *El Tiempo* (17 de enero). Recuperado a partir de <https://www.eltiempo.com/lecturas-dominicales/piedad-bonnett-habla-de-su-nueva-novela-que-hacer-con-estos-pedazos-632111>
- Bonnett, Piedad. (2021). *Qué hacer con estos pedazos*. Colombia: Editorial Alfaguara.
- DANE. (2020). *Mujeres y hombres: brechas de género en Colombia*. Bogotá D.C.: DANE. Recuperado a partir de <https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/genero/publicaciones/mujeres-y-hombre-brechas-de-genero-colombia-informe.pdf>
- Dubet, Francois. (2019). *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Argentina: Editorial Siglo XXI.
- Duch, Lluís y Melich, Joan-Carles. (2009). *Antropología de la vida cotidiana 2/2. Ambigüedades del amor*. Madrid: Trotta.
- Foessel, Michael. (2010). *La privación de lo íntimo. Las representaciones políticas de los sentimientos*. Barcelona: Editorial Península.
- García-Hernández, Ana, et al., (2020). *Violencia en el hogar durante COVID-19*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación. Recuperado a partir de https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Sinergia/Documentos/Notas_politica_publica_VIOLENCIA_19_04_21_V7.pdf
- Giddens, Anthony. (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, España: Editorial Taurus.
- Giddens, Anthony. (1995). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Ediciones Península.

- Illouz, Eva. (2009). El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo. Buenos Aires: Editorial Katz.
- Illouz, Eva y Cabanas, Edgar. (2019). Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas. Bogotá: Editorial Planeta.
- Illouz, Eva. (2021). El fin del amor. Una sociología de las relaciones negativas. Argentina: Katz editores.
- Kosik, Karel. (1976). Dialéctica de lo concreto. México: Editorial Grijalbo.
- Martínez Restrepo Susana; Tafur, Lina; Osio, Juan y Cortés, Pablo. (2020). Violencias basadas en género en tiempos de COVID-19. Bogotá: Fedesarrollo. Recuperado a partir de <https://www.repository.fedesarrollo.org.co/handle/11445/4012>
- Molina Petit, Cristina. (1994). Dialéctica feminista de la ilustración. España: Editorial Anthropus.
- ONU MUJERES (2020). Dimensiones de género en la crisis del COVID-19 en Colombia: impacto e implicaciones son diferentes para mujeres y hombre. ONU – Mujeres. Recuperado a partir de https://www.pactoglobal-colombia.org/booklibrary/estandares-laborales/58_empoderamiento-de-la-mujer/78_dimensiones-de-genero-en-la-cri-sis-del-covid-19-en-colombia-impactos-e-implicaciones-son-dife-rentes-para-mujeres-y-hombres.html
- Palacio, María-Cristina. (2022). La cotidianidad distópica de la pandemia: una caja de pandora. En Revista Aleph, No. 200 (enero – junio).
- Palacio, María-Cristina. (2020). La familia: meditaciones sociológicas en tiempos ambiguos. Medellín: Editorial Sílabas.
- Piñeiro, Claudia. (2020). Catedrales. Bogotá: Alfaguara.
- Profamilia. (2020). Colombia: violencia intrafamiliar y salud sexual y reproductiva durante el COVID-19. Profamilia. Recuperado a partir de <https://www.ohchr.org/sites/default/files/2022-01/colombia-profamilia.pdf>
- Programa de Naciones Unidas Para el Desarrollo. (2021). Un año de pandemia: impacto socioeconómico de la COVID-19 en Colombia. <https://www.undp.org/es/colombia/un-a%C3%B1o-de-pandemia-im->

pacto-socioeconómico-de-la-covid-19-en-colombia

Rosa, Hartmut. (2020). *Lo indisponible*. Barcelona, España: Editorial Herder.

Rosa, Hartmut. (2019). *Resonancia. Una Sociología de la relación con el mundo*. Argentina: Editorial Katz.

Sennett, Richard. (2011). *El declive del hombre público*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.

Zizek, Slavoj. (2018). *Acontecimiento*. México: Editorial Sexto piso.